

Cartomancia

Les aseguro que el antiguo arte de la cartomancia poco o nada tiene que ver con la folclórica ingenuidad de las gitanas callejeras que unívocamente asocian la aparición de la sota de oros con el inminente conocimiento de un apuesto doncel dotado de abultada cuenta bancaria. Todavía menos con esas nocturnas abominaciones televisivas en las que, mujeres más parecidas a nereidas que a sibilas tientan a pobres desgraciados insomnes y aburridos, más con turbias promesas de rijosidades nunca explícitamente pronunciadas, aunque sí vagamente sugeridas por la entonación de sus melifluas voces, que con la adivinación de sus lamentables porvenires. Tampoco los numerosos cartomantes que ofrecen las secciones de anuncios por palabras de los diarios suelen proporcionar nada, salvo atrezzo y palabrería más o menos inspirada.

El espíritu racionalista de estos tiempos da por hecho que eso es todo lo que la infinita herramienta en que los hombres supieron amonedar los arquetipos puede ofrecernos. Nada más lejos de la realidad.

Sé que el lector ya barrunta una turbia justificación teórica de mi aserto, una justificación plagada de oscuros términos alquímicos y ocultistas, arropados por citas más o menos razonables de algún sicólogo contemporáneo para barnizar de respetable ciencia el amasijo. No habrá tal.

Descreo de la capacidad de convicción que las justificaciones teóricas puedan tener sobre el común de los mortales; sobre el ciudadano “de a pie”, como decimos

absurdamente en esta época en que todo el mundo viaja en automóvil. Y mi intención, que nace de la gratitud, es que un máximo número de seres humanos decida aceptar, y ensayar como posible método de solución a sus problemas, esta antigua y sabia herramienta. Así pues, me limitaré a relatar sucintamente la experiencia que me condujo a mi presente felicidad.

Dice El Libro: “No te aflijas por tu desgracia presente, pues no es sino la semilla de tu alegría futura y sólo el Sin Nombre conoce la secreta figura que habrán de dibujar tus días”. En realidad todos lo sabemos, pero tendemos a olvidarlo.

Así me ocurrió a mí en 1976, cuando la brutal y zafia dictadura militar convirtió bruscamente a mi querido Buenos Aires en perpetuo lugar de confrontación de cada hombre con su cobardía.

En mi caso (en el de muchos), el temor por las consecuencias que una conducta digna por mi parte, ante las sinrazones de los milicos, pudieran acarrear a mi mujer y mi hija, me disuadieron de toda resistencia. Durante catorce agónicos meses soporté la tortura de saberme cobarde. La arbitrariedad de las nuevas autoridades académicas impuestas por los generales no fue ajena a mi liberación de ese largo sufrimiento: En el 78, sin la mínima cortesía de un pretexto, fui cesado de mi puesto como profesor colaborador en el departamento de árabe de la universidad. Nuestros escuetos ahorros no iban a permitirnos aguantar más de un par de meses. A la conciencia de mi cobardía, se añadía ahora la angustia de una inminente indigencia para mí y mi familia.

La repentina muerte de un insospechado tío abuelo residente en España permitió el retorno de la esperanza. Al volver para el almuerzo, tras una mañana a la búsqueda del improbable empleador de un arabista, mi mujer me mostró un sobre de formato grande en cuyo remite figuraba la dirección de un notario de Córdoba de España. El contenido del sobre me informaba de la muerte de mi tío abuelo y, de paso, de su existencia, que

yo ignoraba. Me informaba también, que falto de parientes más cercanos o allegados merecedores de su cariño y poco partidario de las instituciones caritativas, me había nombrado a mí, su sobrino nieto, su heredero universal. Esta universalidad abarcaba una casa en el barrio de la judería de Córdoba, un automóvil y una cantidad en metálico que, descontados los impuestos, tasas y honorarios del notario y albacea testamentario, alcanzaría para pagar los pasajes a España y aún para vivir unos meses. Tan solo nos llevó unos minutos decidir que nos mudaríamos a España de inmediato.

La casa del barrio de la judería resultó ser lóbrega, destartada y viejísima. El automóvil lo vendimos en seguida para reducir gastos.

Por lo demás, pude comprobar en pocas semanas que el mercado de trabajo para un arabista no era tampoco gran cosa a este lado del Atlántico. En contra de lo que mi precipitación, mi optimismo o mi ansia de abandonar Argentina habían supuesto, ni las raíces culturales andaluzas se traducían en un amplio interés por la lengua de Averroes, ni la proximidad del Magreb en un uso de ella por el mundo del comercio o las finanzas, que estaban, como en todas partes, dominados por el inglés.

Viví como una humillación la fortuna de que mi mujer recibiera una oferta de trabajo que ella se apresuró a aceptar. En cualquier caso, ese magro ingreso mensual, unido a la desvencijada casa en propiedad que nos libraba del pago de alquiler y a una cierta frugalidad en nuestros gastos, hacía viable indefinidamente nuestra estancia en España.

Para mitigar mi sensación de inutilidad, decidí emprender algunas reparaciones y reformas en la casa. Desconocía por completo el oficio de albañil, pero mis muchas horas libres, dedicadas en ocasiones a rumiar mi desesperación profesional contemplando el laboreo de los trabajadores de alguna obra callejera, me habían convencido de que no había en él nada inasequible a mi paciencia. Tras algunos arreglos

de menor importancia, que me sirvieron como ensayo, acometí el derribo de un tabique del piso superior para unir dos cuartos, tan minúsculos, que resultaban inútiles para cualquier uso. Al principio, el insospechado grosor del tabique me hizo temer que mi inexperiencia lo hubiera confundido con un muro de carga cuyo derribo pudiera poner en peligro la estabilidad del tejado, pero en seguida pude comprobar que se trataba de una especie de alacena o pequeño armario que, por alguna razón, había sido tapiado por ambos lados. Continué pues, con el derribo, y fue al retirar el escombros que había llenado la parte inferior del hueco, cuando descubrí el pequeño cofrecillo de madera que, con el tiempo, ocasionaría la redacción de estas líneas.

Se trataba, como ya he dicho, de un pequeño cofre de madera con herrajes que parecían de bronce, de unos 30 por 20 por 20 centímetros. Era indudablemente muy antiguo y a las erosiones del tiempo se habían sumado las que los escombros le habían causado al caerle encima. Procuré sacarlo con cuidado, pero la tapa se me deshizo entre las manos cuando intenté abrirla. A pesar del olor a polvo y a humedades antiguas con que el derribo había saturado mi olfato, percibí de inmediato un desconocido y ligeramente embriagador aroma. Por un momento me dominó una vaga aprensión, pero mi curiosidad se impuso y comencé a examinar el contenido de mi hallazgo, que se resumía en un breve legajo manuscrito, para mi alegría en lengua árabe, una pequeña bolsa de cuero llena de un amasijo de lo que parecían ser restos de algún vegetal, unas pocas piezas cuadradas de metal cubiertas de inscripciones también en árabe y una colección de tarjetas o láminas repletas de abigarradas ilustraciones, que parecían formar una especie de juego de barajas. Todo ello bastante bien conservado.

Dominando, no sin esfuerzo, mi curiosidad y mi entusiasmo, fui a lavarme concienzudamente las manos y a cambiarme de ropa antes de proceder a un cuidadoso

empaquetado de cada pieza. Al día siguiente, olvidada por completo la albañilería, acometí el análisis de mi tesoro.

Comencé, previsiblemente, por las placas metálicas, que yo adivinaba valiosas (tales ínfimos valores consiente nuestra ignorancia). Las limpié cuidadosamente con un cepillo y abordé la lectura de sus inscripciones. Resultaron ser monedas, unas extrañas monedas cuadradas. Dirhemes almohades de plata, me informaría al día siguiente el numismático al que las vendí. Al parecer, los almohades, tras conquistar Al-Andalus a mediados del siglo XI, estaban tan convencidos de haber inaugurado un distinto y nunca visto orden, que decidieron alterar la tradicional forma redonda del dinero. Su poder apenas duró setenta años.

Me avergoncé de que un pretendido arabista pudiera albergar semejantes lagunas en su formación. Quizás fue precisamente esa vergüenza la que me impulsó esa misma tarde a abordar el estudio del manuscrito con un espíritu distinto al más bien crematístico que desde el momento de mi hallazgo me había poseído.

Desde hacía mucho tiempo no me había permitido a mí mismo gozar de mi oficio. Aquella tarde disfruté con la pausada y cuidadosa traducción del breve texto. Durante los largos minutos que empleé en paladear cada nueva frase traducida, fue calando en mí ánimo la inmemorial presencia de la casa que me abarcaba y que, poco a poco, iba poblándose de antiguas vidas humanas, de sueños y de sentires de hombres que hablaban en la lengua de Muhammad, el profeta. Sueños de hombres que habían repetido palabras de Avicena o de Aben Hazam, acaso leídas en algún volumen de la biblioteca del califa Alhakem II, protector de la sabiduría.

Aquella tarde recordé que la vida puede consistir en la felicidad. Tal vez, la mera proximidad de las cartas permitió ese regalo.

La traducción del manuscrito confirmó mis suposiciones acerca de la colección de láminas; efectivamente se trataba de una baraja, concretamente una baraja con fines adivinatorios: un ejemplar del tarot de Fez, cuyo origen también se registraba. El manuscrito contenía así mismo instrucciones detalladas, aunque un tanto desconcertantes, acerca de su manejo.

Después de la cena, mostré a mi esposa y a mi hija la traducción y la baraja. La comprensible excitación que les produjo la supuesta magia depositada en el objeto nos mantuvo despiertos hasta muy tarde, mientras mirábamos una y otra vez las hermosas ilustraciones. De común acuerdo, decidimos conservar la baraja.

Bastaron, sin embargo, pocos días, para que mi familia olvidara su inicial entusiasmo y sólo yo persistí, en los largos ratos libres que me dejaban mis labores de albañil aficionado, en el estudio de la baraja y su manejo. Las escuetas instrucciones no incluían lista alguna de significados atribuibles a cada naípe, es más, de ellas parecía deducirse que todo intento de asignar valores fijos, por muy vagos o generales que éstos fueran, a cada carta, era algo que iba en contra del espíritu esencial de la herramienta. Tampoco parecía haber un número de cartas predeterminado para cada consulta. En realidad, todo el éxito del proceso adivinatorio parecía depender de la capacidad del adivino para hacer entrar al consultante en una especie de trance, una vez en el cual, las cartas responderían su pregunta. Para ello, el adivino mismo debía haber alcanzado numerosas veces previamente ese estado, que debía lograrse mediante la relajada contemplación de una o más cartas. Como única ayuda para tal logro, se mencionaba la ingestión previa de una misteriosa infusión de hierbas cuya composición no detallaba el manuscrito. Desde un principio se me hizo evidente que la mezcla con que se preparaba el bebedizo, al que cabía suponer potentes efectos sicotrópicos, era el contenido de la bolsa que acompañaba a la baraja. Como la idea de tomar una pócima de composición y

efectos inimaginables no me seducía (al margen de que los siglos hacía tiempo que debían haber anulado sus supuestos poderes), me decidí a intentar la prescrita contemplación por mis propios medios.

Durante seis largos meses dediqué varias horas de cada mañana al absurdo ejercicio. A nadie revelé aquel secreto empeño del que yo mismo era el primero en asombrarme. Los resultados eran prácticamente nulos. Naturalmente, las imágenes de las cartas despertaban con frecuencia asociaciones en mi mente, pero en ningún caso sentí que me estuvieran revelando secreto alguno ni en las semanas posteriores a dichas ensoñaciones me ocurrió nada que estuviera, ni lejanamente, relacionado con ellas. Por fin, una mañana, después de una hora de infructuosos intentos, herví agua, le eché una pizca de la mezcla y bebí la infusión. Me senté ante la mesa habitual y procuré dominar la inquietud que mi imprudente atrevimiento me provocaba. Extraje del mazo dos cartas al azar, resultaron ser el siete y el diez de bastos. Evidentemente las había observado y estudiado muchas veces, pero me parecieron nuevas. Un sentimiento de pánico me recorrió como un calambre, me contuve y reuní la serenidad imprescindible para controlar mi pulso, mi respiración, mi vista... Todo era normal. Procuré relajarme y debí conseguirlo, porque la sensación de estar mirando algo que nunca antes había contemplado volvió al poco. Me abandoné a ella y las cartas me hablaron. No con palabras, sino con abstractas imágenes que a la vez eran y no eran las de las cartas que yo estaba contemplando, y que (yo lo sentía) se enterraban en algún muy hondo pliegue de mi ser, tornándose allí en fulminantes relámpagos de súbita certeza. Cuando aquello cesó, ensayé a poner por escrito lo que las cartas me habían revelado. El resultado fue aparentemente pobre: poco más que la clara conciencia de haber vivido mi vida hasta ese punto como si de una pesada carga se tratara. En posteriores sesiones iría comprendiendo la esencial pobreza del idioma, de cualquier idioma, a la hora de

describir lo que las cartas me contaban. Puede decirse sin mentir que revelan el futuro, pero tal vez sea más próximo a la inefable verdad, decir que muestran al consultante la mejor forma de vivir ese futuro que, de hecho, no está predeterminado por el pasado ni por el presente más que en las obsesiones humanas.

A pesar del amoroso cuidado con que traté de convencer a mi mujer y a mi hija de que ensayaran el método, ninguna de ellas se interesó por el asunto ni consintió en tomar la infusión. Así pues, continué solo mis experiencias, encontrando que, cuando al cabo de unas semanas las hierbas se acabaron, ya no me resultaban necesarias para alcanzar el estado adivinatorio. Los efectos del ejercicio se fueron dejando sentir poco a poco en mi carácter, que se fue haciendo más sereno gracias a la íntima firmeza que las respuestas de las cartas le aportaban.

El tiempo habría de permitirme experimentar hasta qué punto aquella práctica lo mejoraba a uno. Algunos meses después de los hechos que acabo de relatar, mi hija nos presentó a un hombre con el que, nos anunció, se iba a casar. Apenas precisé de la magia de las cartas para saber que aquel lechuguino sevillano, de rizado pelo negro y abogado de profesión, sólo podía hacerla desgraciada. Tres meses fueron suficientes, tras la boda, para que resultara evidente que aquel majadero dedicaba las mañanas a conspiraciones ínfimas en los pasillos del ayuntamiento (en el que se suponía que trabajaba), y las tardes y las noches a la etílica organización de las lúgubres idolatrías locales. Seis meses más tarde, cometió la torpeza de dejarse sorprender con una amante. Naturalmente me dolió el sufrimiento de mis seres queridos, pero ni por un momento se turbó mi ánimo, y mis actos, que fueron seguros y precisos, contribuyeron no poco a mitigarlo y a dar a la situación una salida rápida y satisfactoria. Recordar mis angustias y dilaciones en pasadas crisis me hacía evidente el cambio obrado en mi carácter.

Ante tan benéficos efectos para el espíritu humano, decidí dar a conocer la maravillosa herramienta que los propiciaba. Consciente de la poca credibilidad que los saberes oficiales de nuestra cultura otorgan a este tipo de procedimientos, opté, prudentemente, por presentar el manuscrito y su traducción a un renombrado especialista en el mundo arábigo andaluz, cuyo nombre me aconseja no mencionar la cortesía. Su inmediato dictamen, no exento de arrogancia, reducía el manuscrito a pregón de charlatán de zoco, que igual vocea ungüentos que pasteles. No quiso escuchar mis argumentos acerca del cuidado y elegante estilo del original, que aconseja postular tanto un autor como una audiencia cultos. Mucho menos el testimonio de mis experiencias, ante cuyo inicio dio de inmediato por finalizada la entrevista. Acudí también, por aquellos días, a la Facultad de Psicología, pero resultó estar dominada por la ciega secta de los conductistas que, contra toda evidencia, niegan la experiencia interna y para quienes incluso Carl Gustav Jung es anatema. Ya no disponía de la misteriosa mezcla de hierbas e ignoraba su composición. Nadie tuvo la confianza o la paciencia necesarias para averiguar si era posible alcanzar el estado mental adivinatorio con la ayuda del adivino (título que creía tener el derecho de otorgarme), pero sin el concurso del cocimiento.

Han pasado los años y mi frecuente devoción por la baraja me ha permitido vivirlos con serena felicidad. No quiero morir sin un último intento de regalar a mis congéneres esa misma felicidad. Ignoro si las hierbas son del todo imprescindibles al principio, prefiero pensar que no es así. En fin, he aquí el contenido del manuscrito, o lo que mis torpes dotes de traductor permiten de él.

“Sabed pues, seáis rumís o servidores de Alá, lo que la virtud de los sabios del Islam supo ingeniar para buenaventura de los hombres (aunque sólo el Eterno es en verdad sabio).

Las imágenes que pueblan estas tarjetas que os muestro no deben despertar vuestro escándalo; pues la prohibición del profeta sólo pretendió evitar que la ignorancia de los crédulos nos volviera a la antigua idolatría. Tolerad mis palabras. Y si ni ellas ni los hechos que las sigan os convencen, denunciadme a los alfaquíes y que ellos me lapiden.

No hace mucho, en el año 390 de la Hégira, que fue el número 1000 según los cuentan los cristianos, se reunieron en la noble ciudad de Fez los más virtuosos hombres de todos los países del Islam con la finalidad de aunar sus saberes. Cumplido este designio y asombrados ellos mismos de los poderes que sus ahora comunes saberes les ponían en las manos, decidieron, por el bien de los hombres, depositarlos en un objeto o herramienta que todo hombre, por el mero hecho de serlo, fuera capaz de utilizar. Eso descartaba los idiomas, que separan y confunden a los hombres (agradezcamos al emir de todos los creyentes el regalo de la compartida lengua del Profeta). Las discusiones y varios infructuosos intentos con laberintos de yeso y el azogue de los espejos consumieron muchos meses. Al fin, mediado el mes de du-l-hichya, supieron que habían logrado la herramienta que debía terminar con las inquietudes y zozobras. Era esta baraja que os muestro.

Escuchad ahora los sencillos pasos necesarios para disfrutar de sus poderes, por los que muchos musulmanes de Fez, de Meknés y de Sebta ya agradecen la generosidad del Eterno.

Cuando el destino conduce a un hombre a la turbadora duda, hasta el extremo de impedir su sueño y tornar amargo el sabor de las uvas en su boca, acude éste a la casa del poseedor de la baraja, que en nada se diferencia de las otras. Antes de que llame, la puerta ya está abierta y, tras ella, con suave sonrisa, le aguarda el oficiante para conducirlo a una habitación ni grande ni pequeña en donde ambos tomarán cómodo asiento entre cojines. Al consultante le será ofrecido un té de hierbas, que contribuirá a

que alcance la calma necesaria. Cuando el adivino, cuya presencia permite la momentánea paz del atribulado, sienta que es llegado el momento, cumplirá el rito de extender las cartas y aguardará en silencio. Pueden suceder entonces varias cosas. La primera es que las figuras de estas láminas le revelen de inmediato la cadena de actos que habrá de poner término a las dudas del cuitado. La segunda, que las cartas sugieran varias posibles acciones, de algún modo incompatibles, en cuyo caso, tarde o temprano, el consultante levantará los ojos expectantes hacia el que ha cumplido el rito y éste le ofrecerá más té y esperará callado. La tercera es que el que duda, en su locura, intente considerar todas las posibilidades que habitan en las cartas, que son el mismo número que las que ofrece el mundo de las cosas. En ese caso, su sueño ira gradualmente tomando la forma de la casa del que posee la baraja, cuya puerta estará abierta antes de que llame, del adivino, que con suave sonrisa lo conduce a una habitación ni grande ni pequeña donde le ofrece asiento y té de hierbas y, una vez cumplido el rito de extender las cartas, aguarda y calla.

